

corral, descubierto, sin abrigo y espuestos á todas las molestias de la estacion. Sólo las mujeres con los niños están alojadas en baracas. También perecen de sobreexcitación nerviosa y de calenturas acompañadas de delirio.»

Crímenes, grandes crímenes cometieron los versalleses; crímenes, grandes crímenes cometieron también los comuneros. En la calle de Italia, ahorcaron despiadadamente á varios soldados después de rendidos. En la Butte-aux-Cailles asesinaron un farmacéutico, teniéndolo colgado largos días de los barrotos de un balcón. En la calle de Richelieu, otro farmacéutico veía travieso muchacho atareado en levantar alta barricada, y le dijo estas prudentes y sábias palabras: «á lo ménos tú á esa edad no te mezcles en tales cosas.» Acto continuo, lo inmolaron en presencia de su mujer. Cierta vieja reveló un hecho á los soldados, que no lo creeríamos si no lo testificasen tantas personas de crédito: «podeis matarme en buen hora, porque yo he matado por mi propia mano á mi hijo que era un versallés como vosotros.» Pero el horror de los horrores, será siempre el fusilamiento de los rehenes, de aquellos seres inocentes, indefensos, ajenos, tras tanto tiempo de encierro, á todas las peripecias políticas, inmolados con bárbara crueldad por los comuneros, cuando renacian en ellos las esperanzas más fundadas de conservar la vida.

El abogado Chaudey, mi ilustre amigo, víctima de las discordias civiles, mártir de su templada fé política, perteneció siempre al partido republicano, sí, al partido republicano más moderado, y más juicioso. Tal fué su crimen á los ojos de la Comunidad revolucionaria. Alto de estatura y erguido, suelto de maneras, fácil de palabra, pronto en la respuesta, claro en el juicio, pasaba por excelente orador y luchaba en las contiendas interiores de la democracia con esos demagogos destinados tristemente á perdernos, y

á perder la libertad. ¡Ah! Los implacables, no podian perdonarle en sus rencores que, testamentario de Proudhon, atacase en toda coyuntura plausible las estériles utopias comunistas; y federal de convicciones se uniese por patriotismo á los empeñados en poner sobre todo la unidad y la integridad de Francia. El periódico hebertista, *El Pere Duchesne* lo denunció como cómplice del gobierno de la defensa Nacional allá en el día de los asaltos á la Casa de la Ciudad; y el Torquemada de los comuneros Raoul Rigault lo aprisionó y debía matarlo.

Este Rigault era un verdadero monstruo, de naturaleza cruel, de educación pervertida, imbuido en el terror jacobino, gustando de espiar, de perseguir, de matar en nombre de la libertad como los antiguos inquisidores en nombre de la religion. Denunciado Chaudey por el periódico terrorista, faltóle tiempo á Rigault para encarcelar al republicano moderado en la prision de Santa Pelagia. Habia allí un carcelero poeta, que distraia sus ócios en la prision, como Neron en el trono, haciendo versos y que le presentó á Chaudey algunas composiciones. Leyólas este con verdadera indiferencia y se las devolvió diciéndole: son pasables. Hirióle en mitad del corazón semejante palabra al devoto importuno de las musas y juró vengarse, contribuyendo, y no poco, al desastroso fin de nuestro infeliz y honrado amigo.

El veintitres de Mayo, día tercero de la última colossal batalla, antes de amanecer, Rigault penetra en el cuarto de su pobre víctima y le notifica la bárbara resolución. Chaudey quiere defenderse, probar su inocencia, decir que él era un republicano sin mancha, y su enemigo un juez sin mandato, un verdugo sin entrañas. Pero Rigault ahoga la voz de Chaudey con bárbaras injurias y manda que lo lleven á otro sitio del tristísimo edificio. Los ojos del comunero lanzaban rayos, y sus labios sólo decian estas palabras: «requerid un peloton de milicianos

que den pronto cuenta de este hombre.» «Rigault, exclamó Chaudey, tengo una mujer, y tengo un hijo; bien lo sabeis.» El bárbaro se encogió de hombros á un recuerdo que hubiera partido las piedras. La única muestra de humanidad que dió fué acelerar la ejecución de su mandato y ahorrar así al inocente reo algunos minutos de pena. El peloton se puso en marcha, llevando delante dos guías que alumbraban el camino con sendas linternas. Llegados al supremo instante, volvió á recordar Chaudey su mujer y su hijo. «No me importa; respondió Rigault, no los compadezco. Los versalleses no tendrán de mí compasión tampoco.» Puso el comunero una linterna en el suelo, alumbrando la pared; dió otra á un guía para que la proyectase sobre la noble cabeza de la víctima; sacó su espada; se irguió al frente del peloton, y mandó el fuego. Chaudey se desplomó, y un grito de «Viva la República» escapado en aquella última hora de su pecho, se mezcló con el siniestro resonar de la descarga.

Tres gendarmes salen después que Chaudey, tres jóvenes, tres padres de familia. Al verse en el campo, como fueran desligados, echan á correr en pos de la libertad y de la vida. Sus verdugos les persiguen, les acosan cruelmente con la furia que el cazador á su presa. Gritos, juramentos, tiros, todo lo que pueden, emplean para aterrarlos y cogerlos. Dos de ellos caen pronto rendidos en manos de sus perseguidores y al minuto caen también fusilados. El tercero corre más tiempo, toca la seguridad casi de salvacion; pero cazado como una fiera, se rinde y muere.

Como Santa Pelagia la Roqueta estaba llena de rehenes. Habíanlos aglomerado allí los dictadores, después de decir al gobierno versallés, que teniéndolos por adictos á la Asamblea, estaban decididos á fusilar diez por cada comunero fusilado. Entre los más ilustres descollaba el magistrado Bonjeau, escritor ingeniosísimo, abogado disertor, juez íntegro, presidente á la sazón del Tribunal Supremo,

y que, ajeno á las cuestiones políticas, vió con grandes y consoladoras esperanzas la fundación de la República. En los primeros días de la Comunidad lo prendieron, y muchas veces trataron de soltarlo. Pero el génio malo de la revolución, el joven Rigault, decia aludiendo á la detención de Blanqui, decretada y efectuada por el gobierno de Versalles: No lo soltaré como no nos devuelvan á Blanqui, y Blanqui mismo venga á pedirme á mi despacho su libertad en persona. Por fin lo fusilaron bárbaramente en aquellos días y su último instante recordó el carácter de los hombres del siglo décimo-octavo, tantas veces mostrado durante el terror de las revoluciones y de las reacciones francesas; la sonriente serenidad ante la muerte.

En la Roquetas se encontraba también el arzobispo de París. ¡Extraño caso! Desde 1848 tuvo el arzobispado de la capital tres prelados; y los tres murieron violentamente: el primero en las barricadas de Junio, el segundo asesinado al pié de los altares, y el tercero fusilado por la Comunidad revolucionaria. Monseñor Darboy pertenecía al clero liberal. Así antes como después del Concilio vaticano odiábanlo en Roma por su apego á las libertades galicanas. Una vez que el Embajador de Francia pidió para él, en nombre de Napoleón III, un capelo de cardenal, respondió Pio IX con su gracia volteriana: «Un capelo para el arzobispo de París! ¿Todavía quiere ser más rojo?» Los rojos debían matarlo. El periódico *La Commune* reclamaba su muerte como reclamaba el periódico *Pere Duchesne* la muerte de Chaudey. «Los perros no se contentarán, decia, de hoy en adelante con mirar á los obispos, los morderán. Nuestras balas no han de estrellarse en sus escapularios. No se levantará nadie á maldecirnos el día que fusilemos á Darboy.» Este día fué el veinticuatro de Mayo. Para mayor irrisión le formaron á él y á cuatro compañeros más de sacerdocio sumario proceso en tribunal improvisado. El arzobispo mostró una gran resignación.

Antes del día fatal escribió sentida carta á Thiers pidiendo humanidad para los prisioneros parisienses cogidos en Versalles, indicio bien seguro de la suerte reservada á los rehenes versalleses presos en París. El Presidente del Poder Ejecutivo no temió los asesinatos como no temió los incendios á pesar de haber sido anunciados unos y otros por muchas personas concedoras á fondo de los proyectos comuneros. Vestia monseñor Darboy su traje litúrgico, habitaba estrecha celda; tenía crecidas las barbas, y mostraba en la dulzura de su sonrisa y en la paz de su conversacion la conformidad completa de un alma cristiana con los decretos de la Providencia. Sólo tuvo en el trance supremo palabras de perdón para sus verdugos. Y delante del peloton que debía fusilarlo, alzó los brazos al cielo con tal efusion de mártir que varios demagogos se desplomaron de rodillas á sus plantas, y pidieron la bendicion de su propia víctima. Las balas le fracturaron el dedo pulgar y el dedo índice de la mano derecha, le abrieron tres boquetes en lo bajo del pecho; lo atravesaron el cuerpo saliéndole por la region lumbar izquierda y le destrozaron instantáneamente el corazón.

Además del arzobispo y de los cuatro religiosos asesinados en las Roquetas, guardaban las casa-matas de Bicetre varios frailes dominicos presos. El veinticinco de Mayo, á las ocho de la mañana, cuando la guarnicion dejaba el fuerte, no teniendo ó medios ó ánimo de defenderlo por más tiempo, se presentó un oficial y dijo á los infelices rehenes: «Estáis libres. No podemos, sin embargo, dejaros en manos de los versalleses; seguidnos á los Gobelinos, y de allí ireis á París ó donde buenamente queráis.» No puede llevarse más lejos el refinamiento de crueldad: reanimarlos para despues herirlos como si quisieran ofrecer más cantidad de vida á la muerte. El paso de Bicetre á los Gobelinos fué una verdadera calle de amargura. Arrojábanles maldiciones los hombres, injurias las mujeres, piedras los

niños. Llegados, reclamaron la prometida libertad, y nadie les hizo caso con pretexto de que los degollaría el pueblo, como si quisieran reservarse ellos este placer de los antiguos dioses antropófagos. Metieronlos casi á empellones en el patio de la alcaldía como el carnicero mete el rebaño aparejado para la matanza. Pero llovian allí los proyectiles en lluvia tan espesa que imposibilitaban la permanencia en semejante infierno. Así es que por un refinamiento de barbarie, para conservarlos mejor al desahogo de su crueldad y de su venganza, los sacaron del patio y los condujeron á la prision disciplinaria de la Avenida de Italia. Estaban allí sin darse exacta cuenta de lo que sucedía, cuando llegó un comunero vestido de camisa roja, y gritó: «Salid, sotanas, que os vamos á llevar á las barricadas.» El fuego contra la barricada se estremó tanto que no había manera de continuar entre tal granizada de hierro candente. Los mismos comuneros las abandonaron y condujeron sus pobres víctimas nuevamente á la cárcel. A eso de las cuatro de la tarde, siniestro peloton de guardias nacionales llega cargando las armas. Un carcelero abre la puerta de la prision y dice que salgan los religiosos uno á uno á la calle. Conforme van saliendo, los van matando, apostados los verdugos á la puerta, inadvertidas las víctimas. El primero que cae, grita: «¡Pero será posible!» El segundo pide en nombre de Dios misericordia. Doce cadáveres cubren la acera, y en uno de ellos se pudieron contar hasta treinta y tres balazos: tal eran la crueldad y la barbarie.

No para en esto el horror. Aun llueve más sangre. Había en Mazas el veintiseis de Mayo varios gendarmes de los presos el diez y ocho de Marzo y varios religiosos de los recogidos para rehenes. En verdad estos gendarmes suelen obedecer á los gobiernos con excesivo celo; y perseguir á los señalados por la justicia ó por la administracion para la cárcel con excesivo rigor. Más á los ojos de las leyes son inocentes instrumentos de la autori-

dad y los comuneros les persiguen con furor; y se ensañan en ellos con encarnizamiento. Rigault, decía: «Los recuerdan más nuestras espadas que nuestra memoria.» Uno de los gendarmes, en carta escrita á su familia, exclamaba sentidamente desde la cárcel: «Tengo veintidos años de buenos servicios sin haber dormido ni una sola noche en las salas de la policía; y ahora, sin saber por qué, llevo cuarenta días de prision celular.» Formáronles consejo de guerra; y se defendieron diciendo que, lejos de haber hecho armas contra el pueblo en el diez y ocho de Marzo, habían fraternizado y bebido con el pueblo. Pero el fiscal comunero descartaba este asunto y lo reducía todo á saber si en ellos se encontraban méritos bastantes á entrar en la categoría de rehenes. Y en este punto no le quedaba duda alguna por formar parte de un cuerpo, como los guardias de París, privilegiado y bien retribuido. «Si fuérais soldados, añadía, el pueblo de Montmartre no se hubiera engañado, y como no están los hombres del treinta y ocho de línea, no estaríais tampoco vosotros en esos bancos.» A las tres de la tarde, el veinticinco de Mayo, se dió la órden de rematar todos estos últimos rehenes. Ferré la firmaba y pedía que se entregaran cincuenta víctimas cuando ménos, y sobre este número, las que pudiese custodiar el peloton destinado á llevar y á cumplir tan nefroniana órden. El alcaide entró en los corredores de la cárcel con la lista en la mano y dijo, que para completar el cupo le faltaban quince personas, añadiendo la siniestra palabra, «atencion» al leer los nombres de los señalados. A esta lectura, que equivalía á larga série de sentencias de muerte, los infelices presos pasaban por angustias más dolorosas que la misma agonía. Sin embargo, hubo rasgos de valor heróico. El lector de la terrible lista, muy conturbado, no veía bien los nombres y leyó torcidamente el nombre de Bengy. Pero el señalado, que era un sacerdote, salió del monton y dijo con voz clara y con

ademan resuelto: «ese Bengy soy yo.» El padre Fluérin le decía á uno de sus compañeros de calabozo, casado y con hijos, que siendo misionero en Oriente, su verdadera mision sobre la tierra, consistía en morir; que le dejara ponerse en su lugar; que la muerte de un sacerdote era la muerte de un solo hombre, mientras la muerte de un padre de familia, equivalía á la muerte de muchos. No hay que decir que fué rehusada tan generosa proposicion. Las víctimas pasaban una á una por el estrecho entreabierto portalon. Salían más de cincuenta. Dos pelotones las custodiaban. Una cantinera á caballo, montada en guisa de hombre, recogidos los cabellos en blanca redcecilla, cubierta la cabeza con un kepis; relampagueando de sus ojos destellos de ira, vertiendo de sus labios ennegrecidos por el humo de la pólvora soeces palabras, anunciaba la terrible matanza como pudiera anunciar una funcion de titiriteros, acompañada de trompetas y tambores que tocaban alegre marcha digna de cualquier festividad ó feria. Los pobres inocentes reos llevaban á cada lado un miliciano con las bayonetas caladas. Los gendarmes iban delante, los sacerdotes cerraban el fúnebre cortejo. Un peloton de milicianos iba á la cabeza y otro á la espalda de todos. Los comuneros, las mujeres, los niños, la muchedumbre anónima é irresponsable de las grandes ciudades se agolpaban por todas partes pidiendo la muerte de los infelices. Los energúmenos estaban fuera de sí. Unos tiraban barro, otros salivazos, otros soeces insultos, de tal manera que los pobres reos iban abrumados por las manifestaciones y estenuados de fatiga. A las cinco y media de la tarde llegaron por fin á la verja de un espacioso edificio, donde se alojaba el Estado mayor general de la milicia de Belleville y de Menilmontant. Había allí jefes, oficiales, altos empleados, y algunos miembros de la Comision central que habían traído con la revolucion de Marzo á París semejante irrupcion de

horrores. A la entrada de la verja veíase un artillero de la milicia, alto como un hércules, deforme como un sátiro, de siniestro mirar, y rostro patibulario, que se entretenía en aplicar un bofetón á la megilla de aquellos moribundos. Muchos vacilaban y caían sin tener apenas fuerzas para tornar á levantarse. Por fin llegaron todos al matadero. Su resignación era tan grande, su porte tan digno, que los verdugos dudaron un momento, heridos por súbita pielad en sus entrañas de tigres. Pero clamores de muerte contra los versalteses salían del pecho de aquella multitud que al día siguiente debía lanzarlos no ménos altos y no ménos feroces contra los comuneros. Un oficial sube sobre el pescante de viejo coche y pronuncia descosido discurso. Otro lee misterioso papel. Mientras tanto, la multitud que ha venido á presenciar una matanza no quiere perder el espectáculo. Las muchedumbres, desvanecidas de odio, ebrias con la embriaguez de la sangre, reclaman que se consume el sacrificio. Varios patriotas disputan con jefes de milicianos que vibran á un tiempo lengua y espada. Por fin, la cantinera, como Musa digna de semejantes almas, decide la cuestión, gritando con voz estentórea desde el lomo de su caballo; «todos á la muerte;» y disparando su fusil que llevara hasta entonces á la espalda y que al concluir de pronunciar la cruel sentencia se arrimara friamente á la vista. Varios tiros siguen al disparo de la cantinera. Los guardias, entre los empujones y los clamores de las mujeres, que los excitan á la matanza, despiden desordenadas y claras descargas. Desde los tejados, desde las paredes, desde las ventanas aplaude la muchedumbre con furor, y se ceba en la matanza con gozo. Cinco descargas seguidas se dispararon con varias desiguales armas. La confusión fué tanta, que cruzaron las balas de uno á otro lado. Mal asestadas las armas á los desgraciados mártires, caían estos heridos, desmayados aquellos, mientras algunos se mantenían de pié entre las convulsiones y

la agonía de sus compañeros como esos torreones que se elevan sobre las ruinas. Por fin todos murieron. Las mujeres y los comuneros pisaron como sobre alfombras sobre aquellos cuerpos palpitantes. Una furia se bajó, abrió la apretada boca de un muerto, le metió la mano y le arrancó la lengua. Todos los cadáveres fueron despojados de cuanto llevaban sobre sí y arrojados poco ménos que á puntapiés allí mismo en recién abierto hoyo. La naturaleza humana cuando se endurece avéntaja en crueldad á las fieras de las selvas.

Los dos principales autores de estos asesinatos, agravados por tantas particularidades dignas de los peores tiempos de la historia, fueron Rigault y Ferré. Yo no puedo creer que cometieran todos estos crímenes por inspiraciones íntimas de su pésimo natural. Yo creo más bien que una educación perversa les había prestado artificiosa conciencia en la cual tomaba cuerpo la idea funesta de que un gran terror podía salvar la nuevamente comprometida democracia. Los exaltados de los partidos extremos jamás creyeron á cuantos les decíamos cómo el terror de la primera República, y los crímenes á él consiguientes, retardaron nuestra victoria, y sometieron generaciones nacidas para ser libres al yugo del despotismo. En su furor se propusieron resucitar las tradiciones terroristas, y solamente lograron eclipsar nuevamente con los vapores de la sangre el disco de la libertad en los horizontes de su patria. Maldigamos con todas nuestras fuerzas á Rigault y á Ferré. Criminales así no pueden hallar sino severa inapelable condenación en el tribunal de la historia. Los dos pagaron con la vida en aquellos días sus excesos. Rigault fué cogido en su casa y fusilado á los pocos pasos en la calle de San Miguel. Su cuerpo yació sobre la acera donde le fusilaron todo un día. Piadoso viandante le cubrió el rostro de paja para evitar las profanaciones y le puso un papel sobre el cuerpo en que se

leían estas palabras: «Respeto á los muertos, piedad á lo ménos para su desdichado padre.» Ferré murió fusilado en Versalles. Me habia propuesto trazar su retrato moral, y no puedo; me faltan fuerzas. Imposible es llegar hasta el fin de todos estos crímenes sin que la conciencia se anuble, el corazón se despedace y asalte alguna duda sobre el destino de la humanidad en este nuestro ensangrentado planeta. Pero no, la justicia no fal-

tará y no se desmentirá el progreso. Lo necesario es inculcar á los nuestros que ningún partido se pierde tanto por las violencias y los excesos como el partido representante de la libertad y el derecho. Solamente la demagogia puede ya matar á la democracia. Una mancha de sangre no se ve en la púrpura de los reyes; pero resalta en la inmaculada bandera de Guillermo Tell y de Wasinghton.